

***El proceso de integración de América Latina en el siglo XXI. La competencia-cooperación entre México y Brasil con la presencia de Estados Unidos y China*, Alberto Rocha Valencia y Jaime Antonio Preciado Coronado, (coord.), Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, México 2016, págs. 335, ISBN: 978-607-9371-99-9**

***The integration processes in Latin America in the 21<sup>st</sup> century. The competition and cooperation between Mexico and Brazil with the presence of the United States and China*, Alberto Rocha Valencia y Jaime Antonio Preciado Coronado, (eds.), Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, México 2016, ss. 335, ISBN: 978-607-9371-99-9**

Se trata de la última novedad de estudios latinoamericanos de la Universidad de Guadalajara (México), integrada por once capítulos más un estudio introductorio a cargo de los coordinadores, profesores-investigadores del Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos, del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara.

En cuanto a su contenido y alcances, desde el punto de vista geopolítico y geoestratégico, este esfuerzo colectivo presenta como primer eje articulador e hilo conductor el reconocimiento de que México y Brasil son potencias regionales, que presentan una tensión competencia-cooperación en el marco del innegable liderazgo político y efecto arrastre de sus respectivas economías, de la mano de su capacidad de generación de riqueza que las ubica entre las primeras 13 economías del orbe en términos de Producto Bruto Interno (PIB) o renta nacional.

En tanto que el segundo eje articulador viene dado por la constatación histórica de la tradicional hegemonía estadounidense en la región, sin embargo, al mismo tiempo, se verifica una pérdida de la importancia relativa que Estados Unidos de Norteamérica le confiere a América Latina. Si los exitosos atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 son un parteaguas o punto de inflexión en términos de seguridad nacional de la Unión Americana y de seguridad internacional, también han traído aparejado un cambio radical de las prioridades geopolíticas y militares de Estados Unidos, cuya prioridad claramente ha dejado de ser Latinoamérica.

En contraste, la República Popular China ha identificado dos regiones funcionales para garantizar su crecimiento económico a partir del sector secundario o transformador (léase, industrialización, a la sazón como “taller del mundo”): África y América Latina, puesto que ambas le garantizan insumos o materias primas críticas para alimentar a sus industrias y dar respuesta al cambio de los hábitos de consumo alimenticio de su población, ávida de algo más que una escudilla de arroz. De forma tal que en Latinoamérica hace eclosión la presencia – cada vez más notoria – de China continental.

Ahora bien, si México y Brasil son categorizados como potencias regionales, cabe preguntarse cuál de los dos dará el salto cualitativo para convertirse en una potencia mundial y erigirse así en un actor central en el proceso de toma de decisiones en el tablero internacional; en otras palabras, ¿será México o Brasil el que transite de una posición semiperiférica a integrarse en el centro del poder mundial?

Para dar respuesta a esta pregunta, conviene comparar a ambos Estados-nación.

Por un lado, comparten comunes denominadores, a saber:

- Principales economías del orbe en términos de bienes y servicios generados anualmente.
- Organización política-administrativa *de jure*, ya que ambos son repúblicas federales, integradas por estados libres y soberanos.
- Pésima distribución de la renta o la riqueza, con importantes sectores de su población en niveles de pobreza e, incluso, por debajo de la línea de la pobreza.
- Pasado autoritario que se deja sentir en el presente: conviene recordar que Brasil acusó una dictadura militar de 1964 a 1985 (dos décadas de gobiernos *de facto*), México una “dictadura perfecta” (al decir de Mario Vargas Llosa) de 71 años, aunque la mayoría de sus entidades federativas no han experimentado gobiernos de alternancia política. En ambos casos, *de facto*, presentan una marcada ausencia de tradición democrática, más bien el dominio de una cultura política autoritaria y el déficit de un Estado de Derecho que se ve reflejado en asuntos críticos tales como la corrupción estructural, una generalizada cultura de la transgresión (antítesis de la cultura de la legalidad), la impunidad, la falta de un poder judicial independiente y la violación sistemática de los derechos humanos.
- Ambos países se caracterizan por una violencia endémica, de conformidad con la Organización Mundial de la Salud (OMS) y a la luz de la elevada tasa de homicidios intencionales por cada 100.000 habitantes, que afecta fundamentalmente a la población joven (entre los 17 y 25 años de edad), dilapidando una ventaja comparativa que es el llamado bono demográfico y dando al traste con el sagrado derecho a la vida.

Por otro lado, acusan diferencias o especificidades nacionales que los separan, tales como:

- Legados o peso de la historia: 1) en México se mantiene vigente el trauma histórico de haber perdido aproximadamente dos millones cuatrocientos

mil kilómetros cuadrados de territorio nacional (de patrimonio geográfico nacional) a mediados del siglo XIX y de un devenir histórico signado por la intervención de potencias extranjeras; 2) en contraste, desde su génesis como Estado independiente, la vocación de imperio ha atravesado la historia política de Brasil; que ya, desde la época colonial, transgredió los límites establecidos por el Tratado de Tordesillas y apostó por su expansión territorial en detrimento de sus vecinos de Sudamérica.

- Brasil cuenta con una infraestructura de transportes y comunicaciones, incluyendo puertos, aeropuertos y carreteras, muy superior y moderna que la de México.
- México acusa una situación de dependencia crítica de la Unión Americana, en aspectos tales como comercio exterior, energía, turismo, industria y tecnología, principalmente. Mientras que Brasil presenta un comercio exterior diversificado y balanceado, un superávit en la generación de energía (principalmente eléctrica, pero también de combustibles sólidos y gas, gracias a la cuenca Pré-Sal frente a las costas del estado de Sao Paulo), y desarrollos tecnológicos de punta como la industria aeronáutica Embraer que ha conquistado con sus aviones RJ el mercado de la aviación comercial de corta autonomía de vuelo.
- México se aferra al principio de no intervención y hasta hace poco sus fuerzas armadas no estaban autorizadas a participar en misiones de paz de la Organización de las Naciones Unidas (ONU); las tropas de Brasil tienen una rica tradición como fuerzas de paz, que reconoce su origen en la *Força Expedicionária Brasileira* que participó durante 1944–1945 en el teatro de operaciones de Italia con las “Naciones Unidas” (como se autodenominaron los aliados) y que llega a nuestros días con el ejercicio del comando de los cascos azules bajo el mandato del Consejo de Seguridad (CS) de la ONU en Haití.
- Brasil cuenta con una industria armamentista que compite con los principales productores de armas del mundo y no hay fuerzas armadas en América Latina que no cuenten en su arsenal con sistemas de armas de fabricación brasileña, y la de México sólo es capaz de fabricar y reparar armas livianas. La Marina de Guerra de Brasil es oceánica (*blue water navy*, siguiendo la doctrina naval británica), única en la región en contar con un portaviones, y la de México es costera (*brown water navy*, sólo con capacidades para garantizar la seguridad y protección de puertos y su mar territorial, como servicio de guardacostas o policía marítima). Brasil y México aspiran a una butaca como miembros permanentes del CS de la ONU, pero mientras Brasil tiene cómo respaldar y exigir un espacio por su compromiso con la paz y seguridad internacionales desde hace décadas, por su vocación imperial y de proyección de su poder nacional, de la mano del desarrollo de su poder militar así como de la presencia permanente y sistemática de su personal castrense como cascos azules, México no tiene qué ofrecer a cambio.
- Por último, no debe soslayarse que, tradicionalmente, Tlatelolco e Itamaraty se disputaban el liderazgo regional en política exterior. Hoy, claramente,

Brasil ha desplazado a México en el concierto de las naciones y como voz de Latinoamérica; probablemente, esto responda a la profesionalización del servicio exterior brasileño del que forman parte la flor y nata de la juventud universitaria del Brasil, en contraste con el proceso de desprofesionalización de la rama diplomática-consular de México a partir de la llegada de Luis Ernesto Derbez como canciller (2003–2006), al prácticamente desmantelar al Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos.

Recapitulando, a lo largo de esta obra colectiva, se deja claro que, en el marco de la tensión competencia-cooperación México-Brasil, es esta última potencia regional, la que cuenta con la voluntad política y las capacidades suficientes para convertirse en una potencia mundial y la que, por ende, se alce con el triunfo en el tablero regional y mundial del poder.

Finalmente, conviene destacar que el libro *El proceso de integración de América Latina en el siglo XXI* constituye un reflejo del grado de madurez que alcanza una de las fortalezas innegables de la Universidad de Guadalajara, a saber: los estudios latinoamericanos. Si bien no se puede ser competitivo en todo, la generación de conocimientos sobre el subcontinente y la formación de recursos humanos especializados en la región, sin duda se erigen en una fortaleza del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara (UdG) y este producto confirma la competitividad de la UdG (México) en esta materia.

Marcos Pablo Moloeznik  
Centro Universitario de Ciencias Sociales  
y Humanidades,  
Universidad de Guadalajara, México.  
✉ mmoloeznik@yahoo.es